

“Declaración de amor por primavera”

Pedro Pablo Aragón Roperó

23 de Marzo de 2014.

Intento recordar, busco, y por más que siga indagando no consigo definir cual fue nuestro primer momento.

Como explicar que estamos enamorados. Como contar hoy, aquí y ahora, que tenemos algo. Como hablar de lo tuyo y de lo mío que también es tuyo, lo de los dos.

Lo de despertarnos un domingo de primavera con la cama revuelta de no haberme dejado pegar ojo por nuestro primer encuentro.

Lo de mirarte, mirarte y volverte a mirar, paralizando una ciudad bajo la luna de jueves siempre llena.

Lo de desvestirme de mis ropas y ocultarme con las tuyas en nuestras bendita intimidad. Tú de luto, yo de raso, otro miércoles en el anonimato me vuelves a citar.

Lo de echarte perfume cada año para venir a verme con la mañana y dejar en mi memoria tu aroma de incienso al despedirte de madrugada.

Lo de invitarme a comer tus manjares de media tarde. Y es que eres tan dulce que si tuvieras ojos serian del color miel de tus torrijas y tu piel, tu piel inmaculada blanco arroz con leche de mi casa que no es santa, cada viernes que lo son.

Lo de desafiar al tiempo y amarte desde siempre y para siempre, como si tu vieras alma. Que te quieran los demás y compartirte con ello. Esto es tan verdadero que no hay lugar para el recelo en nuestro deseo. Que te quieran todos, que pocos lo harán como yo.

Lo de acompañarte hasta casa después de cada cita de paseo, meterte en tu cama en forma de altar y despedirme de tu padre que, siempre presente, espera mi saludo en forma de cruz.

No consigo describir como empezó lo nuestro, se me antoja imposible encontrar el momento del flechazo de mis ojos, ¿Y en los tuyos? En los tuyos yo pintado, viviendo embobado.

No sé cuando me diste la primera caricia de terciopelo. Quizás siendo un niño ya me mecías en tu cuna cual bambalina que besa las flores de los balcones.

No recuerdo desde cuando soñaba con nuestros besos de adultos, los de trabajadera y costal. Cuando tus labios de madera, en los míos de tela, se fundían paso a paso, chicotá tras chicotá.

Aún no se si la primera vez que me sacaste a pasear en primavera andábamos o gateábamos, sí yo si quiera cumplía alguna primavera. Sí tú ya te pintabas de pasión los labios, te teñías de muerte las canas y te vestías de resurrección el alma para venir a verme y curarme tan joven.

No recuerdo si quiera por qué me buscaste, ¿o te busque yo?

Es cierto que siempre me deje querer por tus encantos, que nunca te di la espalda, que te busque entre la multitud. Que siempre te encontré entre la gente.

Pero reconócame inmortal seductora, que cuando mis ojos te encontraban los tuyos ya estaban clavados en mi.

Reconócame fiel amante, que aun hoy te escondes tras el amor de una compañera, que te presentas despintada, despeinada... pero es cuando luces más bella. Como una joven desenfadada que también te busca en la integridad de su fe nazarena, Invitando a soñar. Encerrada en esa piel morena.

Reconócame, que tu andabas detrás de la decisión de que hoy aquí este yo. Que tú me has citado esta mañana, ante mi gente y ante mi ciudad. Que ya estabas cansada de querernos casi en secreto, que querías una declaración de amor a los cuatro vientos. Y aquí la tienes, mi Semana Santa, mi amante sin tiempo.

Reverendo párroco, Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Sagrada Mortaja, dignísimas autoridades, Sr. Presidente del Consejo Local de HH. y CC. De Algeciras, Hermanos Mayores y miembros de las distintas Juntas de Gobierno de las Hermandades y Cofradías de la ciudad, miembros de los grupos jóvenes de las mismas. Queridos cofrades. Amigas, amigos. Señoras y Señores. Buenos días.

En primer lugar, me atrevo rompiendo el protocolo. Y es que no hay razón para ti en un agradecimiento estandarizado querido presentador, mis palabras se encontraran más tarde contigo. Pero si que quiero transmitirle uno de los más sentidos y verdaderos “gracias” de toda mi vida a la hermandad de Mortaja.

Gracias por darme la oportunidad de expresarme ante todos ustedes. Gracias por confiar en mis palabras para exaltar aquí hoy algo tan importante en mi vida, y supongo que en la de todos nosotros, como lo es la semana santa. Gracias por permitirme que pueda devolverle al mundo cofrade un pedacito de todo lo que me viene dando desde siempre.

Y de antemano, pidiros también disculpas porque no creo que sea posible que las líneas que vienen a continuación estén a la altura de algo, tan grandioso, como lo es la pasión que rodea la realidad de las cofradías.

Y es que busco, intento recordar, y por más que siga indagando no consigo definir cual fue nuestro primer momento.

Cuando nací, lo hice a la luz de la fortuna. Soy de esas personas que le gusta creer en el destino, que se refugia en la tranquilidad de pensar que todo pasa por algo. Y que siempre pasa por algo bueno.

Que mis actos engendran mis circunstancias, y que si hago bien, me rodearé de bien.

Pero empezar donde empecé debe ser cuestión de suerte, y que suerte la mía. Llegar a este mundo e ir a parar a mi casa, no puede ser cuestión del destino, porque todos deberíamos estar destinados allí. A la humildad que encierran esas paredes siempre con puertas abiertas, al pequeño paraíso de mi hogar.

Qué suerte la mía de crecer en el amor de mis padres y en el espejo de mi hermano.

¿Y por qué? Se preguntaran, ¿Por qué hablarles de esto en mi cometido cofrade aquí esta mañana?

Porque el amor que desato abiertamente haya donde voy por el mundo de las cofradías, no puede explicarse sin el amor de los míos. Porque para saber amar, deben amarte primero. Porque para estar aquí, hoy, contándoles uno a uno los matices cofrades que al entender de mis ojos colorean de pureza mi ciudad, es necesaria la fe. Es imprescindible creer y querer a ciegas. Y a ciegas solo se aprende a querer en casa, solo se aprende a creer a ciegas, cuando crees en los tuyos.

Crece viendo la cartera de mi padre que casi no podía cerrarla de la multitud de almanaques que acumulaba de años pasados con el dorso ocupado por la imagen desteñida de un Cristo de barrio, de ese cautivo que se libera de su cautiverio por su pueblo en una tarde de martes, pudo ser que influyera. Quizás también tuvo algo que ver cada noche, me llevaras hasta la puerta de los sueños montado en la ternura de tu voz paternal, cuando entonabas a los pies de nuestras camas alguna que otra canción de esas que habías aprendido en la iglesia en la que tanto te gusta

sentarte. Aun hoy sigues dándome ejemplo de fe cuando cada tarde, te encuentras con El y contigo mismo en la homilía de tu banco de madera.

Es probable que, la ternura con la que mi madre me agarraba la mano cuando de pequeño íbamos juntos a la modista a recoger los hábitos que mi hermano luciría en su semana grande, me hiciese querer repetir ese camino años después. Esta vez iba a ser yo, iba ser a mí a quien tomaran la medida para una túnica de raso, que aún hoy abandona el altillo cada año para dibujar de luto un miércoles por caridad. Incluso el hecho de ver como siendo tu tan fuerte y capaz de todo lo imposible, siendo tu madre el pilar sobre el que se apoyan los dos hombres de mi vida, y sobre el que me apoyo yo que soy el hombrecito de la tuya. Que siendo tú la primera piedra, siendo tú el San Pedro de mi casa, también te rindieras de emoción. Que vi tus lágrimas asomándose por tientos con el del almanaque de papa en una plazoleta. Que no faltabas ningún año a esa fila que recluta a todo el pueblo en busca de su premio en forma de besa pie.

Puede ser que todo esto explique algo de porque estoy aquí ahora. Pero lo tuyo lo explica del todo.

Creo que el manto protector de hermano mayor con el que siempre me has cubierto, tenía que venir bordado cuál saya que pasea el señor que tú me llevabas a ver. Que la espada con la que siempre me defendiste te la haría el mejor orfebre, de ahí el repujado tan complejo y elaborado de su empuñadura (que me recuerda al amor que empuñamos los dos). Que debe haber escrito en algún sitio algunas normas del contrato de por vida que tengo contigo, como si de nuestro libro de reglas se tratase.

No podía ser de otra manera, tú tenías que hablar hoy primero porque siempre vas delante. Tenías que salir aquí a abrirme el camino como lo has hecho siempre. Tenias que estar aquí, porque tú lo explicas todo.

Porque fueron tus sandalias de hebreo las que herede para un domingo de palmas. Porque fue tu mano la que me llevo a tu primer ensayo. Porque era tu cuarto el que sonaba a “De mi vida señora” en Pastor y Landero y a “Campanilleros” por placentines. Porque fue tu regalo de navidad de verde menta en forma de primer costal, el que me viera dar mi primera

chicotá. Porque fue “tu hermano” lo que dijiste primero para poner una cofradía en la calle. Porque tus ganas se convirtieron en las mías, porque podría estar aquí hasta el domingo de ramos día a día, dando motivos de porque siempre es contigo. Porque es a ti a quien espero y de ti aprendí, el amor del costalero.

Como dijo el poeta... me gustas cuando callas.

Recuerdo que tenía nueve años, andaba perdido por los pasillos de una parroquia a la que, cada viernes, me arrastraba la tarde por la cuesta que bajaba de mi casa hasta la tuya.

Ese día se me había echado la infancia encima y los juegos de pelota en mi barrio me entretuvieron, llegaba tarde a mi catequesis.

Entre corriendo (que es la manera que los niños teníamos de caminar) crucé esa puerta gris, subí varias escaleras, baje otras varias, doble la esquina de un salón, recorrí varios pasillos... y estaba perdido. Era pequeño, algo tímido y perdido en mi segunda clase de catequesis por los pasillos de la parroquia del Carmen.

De manera que seguí en busca de mis compañeros de viernes, y en esta improvisada expedición, halle una puerta de madera que llamó mi atención por el crucifijo que colgaba en su esquina superior derecha, (siempre me ha dado buena sensación y tranquilidad ver una cruz). La cruce, y fui a parar a la sacristía. Seguía sin saber donde estaba pero, la puerta entre abierta que comunicaba al altar, me situó de inmediato. En seguida reconocí la iglesia que me vio crecer y me bautizo en nombre de Dios.

No sé si sin querer o sin querer queriendo, o tal vez movido por la atracción que una iglesia en silencio y completamente vacía siempre ha despertado en mí, me dirigí hacia el altar. Esta vez todo había cambiado, descubrí el rostro de la verdad. Vi la imagen de la compasión plasmada con tal belleza, que desde ese día pedí a mi madre que me hiciese hermano de la Hermandad de Buena Muerte. Y hasta hoy, y hasta siempre, mi cirio me espera cada Miércoles Santo. Mi vida, se ordena cada año en la intimidad de nuestro paseo.

Nos habíamos visto otras veces pero, nunca de esta forma. Tú habías venido a visitarme a mí y a todo tu pueblo en una tarde de miércoles, pero esta vez era yo quien había abierto la puerta de tu casa. Era mis nueve años los que se encontraron frente a frente en tus pies, después de voltear hipnotizado tu silueta a la luz de un millón de hachones de cera que creía encendidos a nuestro alrededor. Tu celebrando tu triduo en tu altar mayor, ¿Y yo? Yo celebrando encontrarme contigo, encontrarme con Dios.

Creía que en cualquier instante tu boca entre abierta comenzaría hablarme de los dos. A hablarme del silencio que me estaba apoderando, a decirme que no temblara con las piernas que a partir de entonces te acompañaría en procesión. Creo que me contaste que no sufriera por la herida de tu costado, me hiciste entender que podría curarte con un antifaz de luto y un esparto acinturado.

Y que si te besaba los pies, si te besaba los pies, Tú andarías conmigo, abriéndome paso, tirando una a una las puertas del camino. Me dijiste que me vistiera de anonimato con tu hábito y que por cada primavera, siguiera la tradición de alumbrar con un cirio la llegada de la cruz, del que llevo en mi cartera.

Cuántas veces hemos hablado, callados. Yo en mi mente y tú en tu boca entre abierta, que alguien bese también las manos que te han tallado. Cuantas veces te he mirado y me he visto rendido al amor inexplicable de tus brazos extendidos. Parece que quieras devolverme el abrazo, en San Antón por caridad de mi capa rojo raso. Que te aprieta la espalda, como si quisiera bajarte del sacrificio, como si pudieras curarme el alma.

Hay Dolores, no me llores que lo llevas a tu lado, que siempre te mira el San Juan. Que Tú estás libre de pecado, Dolores. Dolores no me llores.

Y como dijo el poeta, me gustas cuando callas. Me gustas cuando pintas de silencio la Plaza Alta. Cuando callan los balcones al pasar de tu grandeza, cuando no se oye si quiera el murmullo de todo un pueblo que te reza. Me gustas en tu pasión discreta y en tus carmelitas maneras. Que calle el silencio que también suena, comparado con tu cortejo, de devoción nazarena.

Normalmente las cosas buenas se caracterizan por la variedad. Una heladería nunca es la mejor del mundo si se limita a fresa, vainilla y chocolate. Un museo se queda corto si solo tiene una un par de lienzos en la pared. Un cantante no perdurará en el éxito con una única canción. Ni mi amor por ti es verdadero solo por los besos.

La variedad, que no la cantidad, suele engrandecerlo todo. La variedad es libertad, es enemiga de la rutina y se pelea con la monotonía. Es sinónimo de formas distintas de una misma realidad y debe ir de la mano de la calidad.

La buena variedad está presente en la Semana Santa. Existen diferentes maneras de entenderla y quererla, hay multitud de formas de vivirla. Y eso la hace aún más grande.

Desde el cristiano poco afín a las cofradías que, entiende que con la cuaresma llega el tiempo de convertirse, de dejar a atrás sus pecados y preparase para recordar la pasión y muerte de Jesús (y que terminar celebrando que al tercer día su fe cobra sentido). Pasando por todas aquellas personas que desinteresadamente se vuelcan con su hermandad, formando parte de sus juntas de gobiernos, sus grupos jóvenes o simplemente poniendo sus manos allí donde tengan posibilidad de colaborar. O todos aquellos hermanos nazarenos que encuentran el desfile procesional la posibilidad de un agradecimiento en forma de penitencia o una promesa anónima de sueños inconfesables.

Tenemos a los orfebres, que celebran su oficio en su afición cofrade, o al escultor que para tallar devoción de sus manos se vale. Tenemos a la costurera que borda el escudo de su hermandad en la capa de su nieto y nadie se lo pide pero lo borda en la de muchos más. Tenemos hasta al pastelero, que para freír torrijas la cuaresma espera, y al camarero que hace su agosto en primavera. Tenemos hasta el monaguillo que esa semana se engalana, tenemos sitio para un pueblo entero. Tenemos que para pasear al hijo de Dios, nacieron costaleros.

Cuando aún era demasiado pequeño para el antifaz, cuando no existían manos para cortar un capirote de mis medidas, yo ya sabía que eso de ser nazareno sería en general un mero trámite hasta que alcanzará la edad. Yo ya sabía que quería estar debajo, ni delante ni detrás, debajo.

Al principio solían llamarme la atención los cargadores. Era un niño con un pequeño puñado de años que me caben en las manos y miraba con recelo aquellos hombres que te portaban. Cuando iba con mis padres a ver como entraban las cofradías siempre me fijaba en el vistoso trabajo de aquellos que, con jersey, camisa y guantes blancos, te subían, te bajaban, te inclinaban, incluso te gritaban 3 veces VIVA.

Recuerdo que ni si quiera era consciente de que existían otras formas de pasearte y que en nuestra ciudad alguna hermandad ya lo hacía.

Con el paso de los años, descubrí que no terminaba de entender por qué los cargadores eran los únicos que no guardaban el anonimato del antifaz o la penumbra de un paso. Cada vez se me hacía menos atractivo la imagen de un encuentro a las puertas de tu capilla y cuando llegó el momento de la estatura y de la edad, las ganas de cambiar el antifaz por el jersey, la camisa y los guantes blancos, se habían gastado por el camino de los años.

Pero al mismo tiempo fui descubriendo la manera en la que me gusta encontrarme contigo. La encontré en casa, envuelta en la ilusión de un niño de 14 años.

Mi hermano en su prematura (incluso aun desconocida por el mismo) devoción costalera, comenzaba a ensayar con el paso de misterio de la hermandad de la Borriquita. Yo que por aquellos entonces, al igual que hoy, ya era residente en su sombra, lo acompañaba cada noche.

Como no pudo ser de otra manera me llené de él, me abracé desde el primer momento a una trabajadera y supe que era con esa ropa con la que yo querría pasearte siempre. Como dicen algunos me envenené de costal, aunque a esa expresión nunca le he debido la devoción que le debo a cualquier santo.

Puedes sentirte más humano cuando soportas el peso de lo divino que cuando soportas la carga de cualquier trabajo. Que puedes esperar el día de ensayo con la misma ansiedad con la que te espero en la puerta de tu portal. Que pasan los años y sigo deseando la cuaresma del costal con la ilusión que un niño espera la mañana de Reyes.

Id haciéndose la ropa, ve vistiéndote de paseo, que el tambor anuncia el eco de la voz de un pueblo, que esta tarde se desboca.

En la calle se respira devoción por un instante, tus manos temblorosas en la medida de los paños del trapo de primavera, el sol se esconde del incienso que un niño quema y a restarle tiempo al tiempo por ocupar tu lugar en la madera.

Avísame tres veces, que quiero asegurarme que me estas llamando a la gloria de pasearte. Que al primero me coloco en la incredulidad del afortunado, al segundo meto el cuerpo sin vuelta atrás como un loco enamorado. Que al tercero, al tercero cara a cara nos contamos que nuestro momento ya ha sonado.

Los zancos quietos, sin ventaja. Que las prisas, que las prisas nunca han sido buenas para llegar al cielo, que la brisa, que la brisa ya levanta los faldones en tu pueblo marinero. Que la vida se hace corta bajo tu abrigo de terciopelo.

Oído, venga de frente. Venga de frente que de izquierdo por delante, recortando el aire al compás del griterío, Dios presume que lo pasean a los pies de su gentío. Venga de frente que ya rachea la tradición sobre el esparto, de 40 que te tienen en volandas, de bando a bando.

Irse aguantando la trasera, que la tarde se va apagando y el sol muere en tu manto mientras la luna sueña con dormirse a tu vera. Irse aguantando hay detrás, que poco a poco el silencio de una vuelta amanece al final de la calle, que hay que repartir los baberos con el baile reposado de tus pateros.

Pararse ahí, pararse ahí que yo me quedo. Que el momento de dormirte en mi cintura no acabe nunca, que hay menos luz que en la claridad de mayo en tu penumbra. Pararse ahí que se espiga el alma, que te quiero en silencio, alborotado, en la tempestad y en calma, pararse ahí dice el costalero, que hoy se disfraza de pregonero.

Las cofradías se distinguen por sus tallas de mayor o menor calidad escultora, sus enseres que pueden ser muchos o pueden ser pocos, los bordados ausentes o presentes en sus mantos y bambalinas... Pero lo que realmente caracteriza y es la seña de identidad de una hermandad, son las personas. Como su propio nombre indica, sus hermanos, son los que pueden engrandecer el nombre de su hermandad.

La llegada a la Cofradía de Columna supuso una revolución en mi entender cofrade y costalero hasta el momento. Era la primera vez que no me exigían ser hermano para ser costalero, no creían en este concepto. Solo eran necesarias las ganas y la aprobación de un capataz en el que por su dilatada experiencia y sabiduría, la hermandad depositaba infinita confianza.

A pesar de mi asombro al principio, poco a poco fui entendiendo que no buscaban hermanos por hermanos, que querían que el que se sintiese parte de esa casa fuese el que decidiera cómo y cuándo pertenecer oficialmente a ella como un hermano más. Pero era inevitable, todos y cada uno de nosotros terminábamos pidiendo el famoso papelito que siempre rondaba de mano en mano (la solicitud). Todos solicitábamos ser parte verdadera de esa hogar que sentíamos nuestro, todos queríamos colaborar en mantener viva esa ilusión que a mi entender te caracteriza.

El ambiente que te rodea huele al entusiasmo de la juventud, que se mezcla en un aroma perfecto con un sutil toque de madurez que perfecciona tu conjunto. Eres esa especie en extinción que nunca pasa desapercibida. El bien hacer de tu gente nace de los propósitos que nunca se hacen de uno para uno, que aparecen de todos para todos. Eres casa de puertas abiertas, no conozco una anfitriona mejor que tu. Venga quien venga sacas lo mejor que tengas en la despensa, pones la mayor de tus sonrisas e invitas, siempre invitas. Invitas a creer que los sueños pueden dejar de serlos, a conocer el verdadero sentido de la palabra hermandad. Invitas a la amistad, cuantos amigos te debo, y cuantos más. Eres la humilde virtud de seguir queriendo aprender, de no dejar nunca de mirarse en sus errores, de crecer, crecer y crecer. Eres savia renovada del árbol cofrade de Algeciras, pionera en tus maneras, impecable de cruz de guía al bombo que a "Macarena" suena. Eres luz, eres sensata, eres ejemplo de obra maestra sin maestro en tu nocturna serenata.

El vaivén del levante se acelera a las espaldas de tu capilla. El bullicio se acumula a las puertas de tu aventura, y compases de corneta sevillana van

abriendo Plaza Alta, que la tarde va temblando impaciente por citarse con tu capa blanca.

Ya se aprieta la madera que huele al paso de los años al trapo del costalero, el saco que siempre se saca por primavera. El mármol asiste al rezo de tus hermanos como testigo, se abre paso el incienso en bocanada, entra la tarde en tu balcón de continente y el raso que busca la noche ya se asoma en capirotos inmaculados, Algeciras, Dios ha venido a verte.

Que las plumas de un romano acaricien el aire que levanta el vuelo del pasar de tus faldones, azota de lágrimas tu pueblo un sayón de tez canela y que se enciendan de gente las aceras con el “reposao” del costero a costero en mis caderas.

Tus manos, atadas contra el deseo de cualquiera por liberarte. La serenidad de tu mirada, en el desprecio clavada del que cree que pasas de largo. Y paso atrás en San Antonio con la impotencia del dorso magullado, que el atado desata el delirio buscando el barrio que libera a los cautivados.

Y donde has clavado la mirada, si todos miramos a ti, dime encuadrada en malla dorada y luciendo la paz que traes por color, por qué clavas tus ojos al cielo si todos miramos a ti.

Que seques tus lágrimas con el aire del andar elegante de tus maneras costaleras, que ya lloró de alegría la mañana por ti cuando el sol te encontró por vez primera. Tú cumpliendo veinticinco, yo celebrándolos contigo, y el verano que moría por encontrarse en tu camino.

Siempre igual, cuando bajas montereros. Siempre igual, paseando por convento. Siempre andando, andando “na má”. Qué suerte tienen los vivos de mirarte en la estampa que pintas al pasar.

Y si algo he aprendido es a ser agradecido por mis padres bien nacido. Y a ti te debo las gracias por 10 locuras de lunes santo, a ti te debo mis recuerdos de hermandad.

Y que nadie se confunda, que yo muero por vivir un lunes más, con mi gente de Columna.

- Explícame eso de la Semana Santa tío. Que no termino de entender por qué cuando llega febrero, desapareces todos los fines de semana, y los que estas aquí no te veo el pelo con tanto ensayo y tantas igualadas -me decía un buen amigo de la facultad, natural de Murcia con su acento castellano-.
- ¿Qué quieres que te explique Jose? pues que desde pequeño me ha gustado salir a la calle a ver cofradías y con los años me hice hermano de alguna hermandad y he sido costalero, de ahí los ensayos.
- ¿Y la igualada? ¿Eso qué es?
- La igualá Jose, la igualá. Es el día que el capataz nos reúne a todos los costaleros y nos coloca por alturas para que el peso del paso se reparta por igual.
- Ahhh, que el paso pesa...
- Si amigo, pesa, unos más que otros, pero pesa.
- Bueno y otra cosa. Yo soy cristiano y católico, de hecho mi familia está implicada en obras de caridad y en mi casa siempre hemos sido muy solidarios. Me pregunto yo... ¿los pasos que yo he visto en los videos esos que tu pones, son de oro, de oro macizo?
- No hombre, son de pan de oro, un material que lo simula.
- Ahh , vale. Entonces ¿es todo barato no?
- Barato, barato... tampoco -le contesté yo algo apurado-.
- Pues no lo entiendo Pablo. Es que ya me habían dicho eso de que las cofradías tenían un patrimonio bastante elevado, pero tampoco me lo quería creer. Que existen algunas que poseen hasta 4 mantos "requetebordados" para una misma virgen.
- 4 Y hasta 24 Jose - lo picaba yo-.
- Pues que no lo entiendo, que son hermandades cristianas, que pertenecen a la iglesia católica y que deberían usar todo ese patrimonio para obras de caridad. Y si no, por lo menos, no tener una carrera por aumentar el número de enseres y abalorios que ya lucen.
- Pero Jose no te quedes ahí. La semana santa es una forma de cultura, es un conjunto de piezas de arte tanto físicas como humanas. El complejo andar de un paso, el trabajo minucioso de un

capataz, la expresión cultural de multitud de escultores y orfebres que viven de esto. Es una tradición, que no podrás negarme que es bella a los ojos de cualquiera que aprecie el arte.

- Vale Pablo, ¿Pero qué hay del mensaje que da la iglesia con todo este derroche de lujo?
- A ver Jose -llego un momento en que no sabía dónde meterme-. Eso es un tema complicado, pasa lo mismo cuando la gente viene anonadada del museo vaticano pero indignada con la cantidad de bienes probablemente innecesario que se exponen allí. Yo siempre he dicho que las cofradías y la iglesia son como dos hermanas, que siempre van de la mano pero que como en las mejores familias, discrepan y tienen ciertos principios y objetivos verdaderamente opuestos. Pero lo importante es que a pesar del derroche, que te vuelvo a recordar que lo intento justificar con que es movimiento cultural y artístico, que al fin y al cabo es la expresión de la belleza humana, las hermandades tienen entre sus objetivos la ayuda al prójimo con una gran cantidad de acciones benéficas de carácter no lucrativo, y además tratan de cristianizar. No olvides que una cofradía en la calle es una manera de acercar a Dios al pueblo -tuve que tirar de mi mejor arma persuasiva, la que estoy teniendo con ustedes, marearle con la palabra-.
- Bueno, Pablo -contestó Jose algo resignado-. No me has convencido pero me has dado un punto de vista que desconocía. Pero a ver cómo me justificas esto que oí el otro día de un amigo cofrade de Sevilla -ya empecé a ponerme nervioso, cuando se toca Sevilla, las cosas son aún más difíciles de argumentar-.
- Dime Jose, ¿qué escuchaste hijo? ¿qué escuchaste vida mía?
- Pues mira resulta que, según me conto él, hay buenos costaleros y costaleros no tan buenos, y que hay veces que cuando estas intentando entrar a formar parte de una cuadrilla, que tampoco entiendo como no hay huecos para todos, muchas veces importa más el nombre del futuro costalero que su buena o mala condición en estos menesteres -él hablaba con estas palabras eh, es de Murcia-, y a mí eso no me parece ni justo ni cristiano. Y además también me dijo que en las juntas de gobiernos hay rivalidad entre

las que se quieren presentar para ser los que mandan cuando hay cabildo, ¿cabildo se dice no? y la que ya estaba, y que incluso entre los integrantes de una misma junta también se pisan unos a otros y actúan más por conveniencia que por el bien de la hermandad. Como si ser miembro de junta o ser costalero te hiciese una persona más importante. Pablo yo que quieres que te diga, pero dentro de lo que se su pone un grupo de hermanos cristianos estas cosas no deberían ocurrir.

Ante todo esto mi respuesta fue.

- Jose ¿a ti no te gusta el futbol tío? ¿Por qué no hablamos de otra cosa?

Hermanos, no hagamos como hice yo, no cambiemos de tema. Mirémonos para dentro, critiquémonos, curémonos. Están fallando muchas cosas, y verdaderamente sí creo que en el fondo siempre miramos por el bien de nuestra semana santa, por el beneficio de nuestras hermandades pero no olvidemos lo que representamos. No hay sitio en la realidad de nuestra pasión cofrade para la rivalidad, ni para la envidia, ni para la avaricia. No debe haber sitio para el propio interés, ni para los nombres propios.

Es cierto que somos humanos, y que a lo largo de 20 siglos de historia todos sabemos que los errores nos caracterizan, que probablemente sean nuestras señas de identidad, las piedras con las que nos gusta tropezar una y otra vez. Y cuando la pasión se hace protagonista, todo deja de ser lógico, hay cosas que empiezan a dejar de tener sentido si está por medio la pasión humana, y aparecen los fallos. Pero no olvidemos que somos cristianos, que aún estando obligados a comportarnos como tal en nuestro día a día, aún lo estamos más cuando representamos una hermandad en nombre de Jesús y María. Que salimos a la calle en nombre de Dios, no lo olvidemos.

Alguien dijo una vez “curémonos como humanos, para sobrevivir como personas” porque además de humanos cristianos y católicos, somos personas. Y siendo persona solo vale ser buena persona.

Las palmas se agitan al compás de la risa de los niños que convertían un patio en Jerusalén hebrea, se palpa el domingo soñado por la primavera entre ramos de olivo y ropa de estreno. Que tu pueblo ya no espera, que de izquierdo por delante y valiente en tus maneras, siempre fueron a buscarte como escuela costalera. Tarde de alegría, buscando el agua Fuente Nueva te canta un barrio viejo, por tangos viene una niña, parece que vengas bailando María.

Que despierten los apóstoles con el revuelo de tu gente que traes por marea, que tu barrio hoy reza al grito del encuentro angelado en Getsemaní. Que tu pueblo escucha la homilía de la oración que traes por bandas, cuando levantas la tarde con tres pasos en Blas infante y de vuelta en el buen fin del camino hasta se asoman las flores cuando pasas por el parque.

Quien pudiera cambiar sus manos por las tuyas, quien de nosotros no se entregaría por soltarte y condenarse a ser cautivo por verte alguna tarde liberándote del martes. Que gentío te acompaña, eras la fe que mueve mi pueblo y mueve montañas, vienes gateando por bulerías, bulerías algecireña, la del genio de Lucia. María pinta de verde una plaza en barrio de santo, quizás desaten tus manos viendo la esperanza que brota en la mirada de su llanto. Y Algeciras, que se pinta de promesa, boca abajo y San Isidro, de Medinaceli presumiendo, a boca llena, que el Martes de penitencia Dios ha venido a curarnos las penas.

Ahora que te presentas abriendo las puertas que siempre vienen a visitar, moreno vecino del altar de la patrona. Quien te amarga a ti Amargura, quien puede negarse a la finura de tu rostro empapado. Que se pinte Algeciras de Nazarena, que hoy todos cargamos tu cruz para aliviarte en el camino a tu condena.

Dame la noche, que te acompañe, dame motivos para no salir un Jueves Santo a agarrarte por la madera y desclavarte por las manos en las esquinas de cualquier callejón enlutado por la madrugada. Que pocos te ha acompañan, no te hace falta canastilla, ni peana, no te hace falta cuadrilla, cuando sales a deshoras para recordarnos en Silencio la fe, a los pocos que te acompañan.

Es sabido que de cobardes no se escribe la historia, si alguien puede presumir de valiente, eres tú. Tú que vienes de lejos con la ilusión de los que ya no son nuevos, tú que desafías al camino y te levantas tres veces por cada tres que te has caído. Y Trinidad, nunca fuiste más señora Trinidad, nunca has sido tan mujer como lo eres con tus niñas ahora.

Dime que vienes descansando, que tu madre va sola porque te has quedado dormido, dime que esta soledad no es la de tu entierro. Dime que no se acaba el negro, no me digas que te vas, no me digas que ya no me puedes hablar. No me apagues las luces del viernes que no quiero nunca ver tu cara entrar, soledad.

Como has cambiado todo, como has enseñado tus forasteras formas y has convertido el negro de tu rúan de cola en un silencio enlutado por primera vez sincero. Se te ve venir de lejos, el número de tus ciriales recuerda que ya hace un año que no me rompía por dentro. Por eso no me pidas nada Piedad, que me has dejado sin aliento, no me pidas si quiera la caridad que hoy lleva la pena de tus brazos Piedad. No me pidas nada porque te has llevado todo al pasar, has arrastrado cuál galeón con viento a favor y te has llevado con la marea mi pena, mi llanto, mi condena. Como has cambiado todo, que los viernes en Algeciras el silencio es el que gana, el respeto se hace gala, y a soñar todos los vivos que ha salido en muerte la Mortaja.

Y ahora, ¿ahora que más nos debemos amada mía? sí ya le he confesado a mi pueblo que te amo y tú, tu le has regalado a mi memoria el recuerdo de esta mañana que se ha hecho eterna. No me digas que te has sonrojado con mis palabras que yo, yo aún ando temblando por haberme desnudado el alma. Ya solo nos debemos el tiempo, pero tranquila, te prometo que siempre estaré en tu portal, esperando que llegue la primavera para sacarte de paseo. Mientras tanto tú, ve pintándote de pasión los labios, tiñéndote de muerte las canas y vistiéndote de festejo, que cada año sales a resucitarme más bella.

He dicho.